

NAVEGAR EN UNA CÁSCARA DE NUEZ

Textos de iniciación a la comunidad de los lectores

Elena Stapich

La amistad es haber sido mordidos y heridos por lo mismo. Por eso no podrá entrar en la comunidad cómplice de los lectores el que no haya sentido la mordida del texto
Jorge Larrosa

Los mediadores entre los chicos y los libros muchas veces clasificamos los textos de acuerdo con diversos criterios: por edades, por géneros, por autores, por temas, por su grado de dificultad, por su extensión, por su mayor o menor calidad literaria.

Frecuentemente, estas clasificaciones terminan desmentidas por la realidad, ya que hay personas grandes a las que les gusta la literatura infantil y chicos que leen a Ovidio, además de que hay libros que apuntan simultáneamente a lectores principiantes y a los más experimentados. El grado de dificultad y la extensión no existen sino es en relación con la mayor o menor experiencia y, a veces, con la mayor o menor audacia de los lectores.

En relación con los géneros, como se preguntó alguna vez Graciela Cabal (2001): “¿Acaso un mismo texto puede resultar para algunos cuento y para otros poesía? ¿Será que a veces los límites entre los géneros son muy sutiles? ¿O será que no hay límites?” (p. 90)

Todos sabemos que hay textos que representan muy bien un género, como lo hacen los cuentos de Conan Doyle, con su detective Sherlock Holmes, en relación con el policial hipotético-deductivo. Pero hay otros textos que son inclasificables, como *Dragón*, de Gustavo Roldán.

Con respecto a la calidad literaria, juzgar sobre este tema es entrar en un terreno polémico. Dice Josefina Ludmer (2007): “Hoy los problemas son las fusiones, las contaminaciones, los éxodos. Eso implica dejar a un lado, o entre paréntesis, la cuestión del valor de los textos literarios.” (p. 8)

Aún suponiendo, en la postura opuesta a la de Ludmer, que pudiéramos clasificar los textos de acuerdo con su nivel estético: ¿qué hacer con los libros que no lo tienen? Ya sabemos que el gusto se forma en interacción con una serie muy compleja de factores. Nuestro gusto no tiene porqué coincidir con el de los niños y jóvenes. Un libro que consideramos bello puede que les resulte aburrido y, al revés, ellos disfrutaban a veces de lecturas que a, nuestro juicio, carecen de espesor literario.

Al respecto, dice el especialista inglés Aidan Chambers (2006): “Con toda honestidad, ¿acaso no leemos con frecuencia material que condenamos como **basura**? Y, al fin de cuentas, ¿qué seguridad tenemos de que sea basura?”. Pregunta que implica la idea de que no conviene etiquetar las lecturas de los chicos.

Para complicar este panorama, y a partir de la cita de Jorge Larrosa (2000) que hemos usado como epígrafe, podemos introducir la categoría “libros que muerden”. No sirve para enfrentarla con una categoría opuesta, como sería “libros que no muerden”, o “libros que ladran pero no muerden”. Sólo sirve para preguntarse porqué, cuando las personas recuerdan su autobiografía lectora, hay ciertos libros que se repiten en los diferentes relatos. Libros que la gente recuerda, aunque hayan pasado muchos años. O, mejor, tendríamos que decir que los lectores se recuerdan a sí mismos leyendo esos libros o escuchando su lectura en la voz de otros. Recuerdan los sentimientos, las sensaciones que esas lecturas les produjeron, la experiencia de esas lecturas.

Si intentamos un ordenamiento cronológico de estos libros que han quedado grabados en sus lectores, tendríamos que empezar por mencionar los cuentos maravillosos, a veces narrados por alguien de la familia, otras veces recordados en la materialidad del libro, con sus tapas, su tipografía, sus ilustraciones y hasta su olor particular. Cuenta Graciela Cabal:

Sabemos que los primeros recuerdos generalmente aparecen asociados a olores, a gustos, a sensaciones visuales. En mi caso, los primeros recuerdos de libros –cuentos de hadas que me leía mi mamá–, están unidos al rojo brillante y transparente, al gusto entre ácido y dulzón, y a la especial textura de la jalea de membrillo que yo chupaba del pan flauta mientras mi mamá me leía. El libro del que salían los cuentos no tenía dibujos –era un libro de la Biblioteca de la Nación, de tapas azules. Pero allí estaba, yo la veía, aquella nena chiquitita, navegando adentro de una cáscara de nuez, en un plato lleno de agua.

Tan fuerte, tan vivo está ese recuerdo en mí que, cuando murió mi mamá y yo entré en uno de esos pozos negros y profundos en los que una entra –aunque sea grande, aunque sea vieja, aunque tenga nietos–, cuando se le muere la madre, la primera cosa que se me ocurrió, fue buscar ese libro de tapas azules manchado con jalea de membrillo, en el que pude recuperar lo que creía perdido para siempre: la voz de mi mamá contándome la historia de esa nena tan chiquitita, que podía navegar adentro de una cáscara de nuez. (p. 65-66)

La historia de Almendrita, que navegaba en una cáscara de nuez, si quedó marcada a fuego en la vida de esta lectora, fue por diversas razones. En primer lugar, porque el cuento constituyó parte de una escena de lectura en que se despliega el vínculo afectivo entre madre e hija. En segundo lugar, porque las historias del cuento maravilloso poseen imágenes tan fuertes, que se graban en la memoria aunque el resto del relato se pierda. Dice Ana Pelegrín (1982):

...Y la iniciación a lo imaginario aparece en el cuento maravilloso en imágenes primordiales (...) imágenes persistentes, partículas de gran fuerza que se imprimen en la psiquis, en la emoción y en la memoria del receptor del cuento (...) construyen el nivel de lo imaginario enlazado con estratos profundos de la interioridad de la persona. ¿Quién no se emociona, se con-mociona, recordando la cabaña, el espejo de la madrastra, la planta de habichuelas creciendo en la noche, enredándose en el sueño, en las ansias, en el impulso por subir; Almendrita meciéndose en hojas de nenúfar, Garbancito en la oscuridad rumiante del estómago de la vaca, la bruja carcelera devoradora, los niños abandonados en el bosque? (p. 42)

Estas historias ponen la semilla de la que crecerá nuestra apertura a lo imaginario. Alimentan la necesidad de fantasía. Almendrita, que navegaba en una cáscara de nuez para Graciela Cabal y que se mecía en hojas de nenúfar para Ana Pelegrín, nos conecta con la anécdota de Graciela Montes (1999) que ella narra en *Una nuez que es y no es*. La escritora es invitada a visitar un Jardín de Infantes. En una salita de tres años, se le ocurre que inventen entre todos un cuento. Para eso, ella comienza diciendo “*Había una vez una nuez...*”. Los chicos van soltando su delirio e imaginan que dentro de la nuez había agua, dentro del agua una isla, en la isla un señor; la cáscara se rompe, hay que rescatar al señor, pero ¿cómo? Barajan posibles soluciones y terminan eligiendo una. Salen a jugar al arenero. Pero una nena que había seguido la actividad sin participar, pero con gran atención, se queda en la sala y le pregunta a Graciela Montes, en voz muy baja: “¿Y dónde se consiguen de esas **nuez**?”

La autora reflexiona: “*Una pregunta grave y llena de sentidos. Significaba el mejor remate a lo que había sucedido en ese cuarto de hora. Me colocaba de golpe y con toda sencillez en el centro de la cuestión de la ficción y las excursiones a la ficción, ese delicado proceso por el cual se aprende a entrar y salir de los mundos imaginarios.*” (p. 44)

Un segundo grupo de libros frecuentemente mencionados por los lectores lo constituyen las novelas sentimentales que aparecen en el recuerdo asociadas al llanto, a la angustia producida por el padecimiento de los protagonistas, víctimas de un destino cruel. Entre ellas, algunas de las más recordadas son *Corazón*, de Edmundo D’Amicis y *Mi planta de naranja lima*, de Mauro de Vasconcelhos. El folletín, la literatura sentimental, han sido acusados de propinar golpes bajos al lector, apelando a su sensibilidad y su tendencia a padecer (o compadecer) con los personajes.

Actualmente, la función que cumplían estos textos se ha desplazado hacia los géneros mediáticos, como el teleteatro. Hay quienes los acusan de ser conservadores, en la medida en

que muestran los padecimientos de los personajes como producto de una fatalidad y, rara vez, de las condiciones políticas, sociales y económicas. Algunos críticos, como Carlos Monsiváis (2005), han visto una fuerte relación entre la educación sentimental que se forja en el folletín, en el melodrama, en el teleteatro, con la percepción política de los sujetos.

También Italo Calvino (citado por Graciela Cabal) dirigió sus dardos contra quienes apuntan a conmover sentimentalmente a los lectores: “*Es lícito en literatura tratar de provocar la risa pero no tratar de provocar el llanto.*” (p. 54)

No obstante, críticas aparte, para muchos lectores “llorar es un placer”. Para otros, al contrario, los recuerdos de las primeras lecturas aparecen asociados con el humor. En lectores por debajo de los 35 años, surgen con frecuencia alusiones a la novela *Dailan Kifki*, de María Elena Walsh. A veces, leída por capítulos por algún docente. Y no falta la referencia al placer experimentado cuando, al llegar a las partes en que la narradora dice : “...mi hermano Roberto dijo:...”, toda la clase completaba, a coro: “-*Estamos fritos.*”

Con respecto al humor, dice Graciela Cabal, citando a Gianni Rodari, que en las escuelas se ríe demasiado poco. Los lectores se muestran agradecidos hacia los libros que los hicieron reír, tal vez porque no sólo en la escuela se ríe poco, sino en la vida en general, a pesar de que se han ponderado tanto las virtudes del humor como estimulante del sentido crítico, como válvula de escape, como modo de ayudar a superar la melancolía, como enemigo de la superstición, etc. Claro que quienes lo han ponderado así hablaban del humor inteligente, no del humor barato que consiste en burlarse del otro.

Otros libros recordados con afecto por los lectores son los que introducen en la aventura y en el miedo. Con respecto a *La isla del tesoro*, de Robert L. Stevenson, dice el escritor Esteban Valentino (2003):

Corría 1969, yo tenía doce años y Argentina estaba inmersa en los terremotos humanos que dejó el Cordobazo. Recuerdo que aquella noche en la que Radio Colonia nos traía a mí y a mi familia las últimas novedades sobre el levantamiento cordobés se había cortado la luz en casa y yo tenía una gran terror por la penumbra de las velas y las palabras que salían de la radio. Tenía, como lo llamaríamos hoy, una gran sensación de inseguridad. Pero evidentemente tenía también un poderoso espíritu masoquista porque ese libro que estaba leyendo también me daba miedo. Sobre todo John Silver me daba miedo, con el ruido que provocaba su pata de palo al caminar. Pero preferí meterme en mi miedo de papel para olvidar mi miedo de realidad y volví a la saga de Stevenson, que tan astutamente me había anunciado que no me podía decir el lugar exacto en el que quedaba la isla porque "todavía quedaba parte del tesoro sin desenterrar". Simplemente genial.

La atracción por la aventura es uno de los motivos principales para leer literatura, experiencia que nos permite salir de nuestra propia piel, de nuestro tiempo y nuestro espacio, para meternos en la piel de otros y vivir otras vidas, vivir peligrosamente, pero sintiendo, como dice Valentino, que lo que experimentamos no es sino un “miedo de papel”, perfectamente controlable, ya que basta con cerrar el libro para conjurar el peligro.

Otro libro que es evocado en las autobiografías lectoras y, podríamos decir, que está al tope de esta especie de ranking que estamos haciendo con los textos que dejan marca, es *El Principito*. Cuando en los talleres de lectura pedimos a los participantes que se presenten recomendando un libro, muchos recurren a la novela de Antoine de Saint Exupery. Tal vez porque se trata de uno de esos textos a los que se puede volver en distintas etapas de la vida y no envejece. Nosotros sí, él no. Siempre parece haber algo distinto, algo a lo que no habíamos prestado atención y ahora se vuelve significativo. Tiene la cualidad de ser, al mismo tiempo, ingenuo y suficientemente abierto como para producir múltiples lecturas.

Una maestra jardinera lee a los padres de sus alumnos el episodio en el que nadie entiende los dibujos del Principito y los padres comprendemos el mensaje. Un amigo nos dice que nos va a estar esperando como el Zorro al Principito y sabemos lo que eso implica. Y

cuando nos comprometemos con algo o con alguien sabemos que esa es la rosa distinta, porque es la que cuidamos.

Llegando ya en nuestro recorrido a la adolescencia, aparece un autor bastante olvidado por la crítica, pero no por los lectores: Herman Hesse. Las autobiografías de lectura están llenas de referencias a sus obras, especialmente a *El lobo estepario* y a *Demián*. Es más, muchos niños han recibido este nombre porque sus padres han sido fervorosos lectores de la novela, un libro de culto.

Tal vez podamos encontrar una pista que nos indique cuál es la relación entre los textos de Hesse y la adolescencia en el epígrafe que encabeza *Demián*: “*Quería tan sólo intentar vivir lo que tendía a brotar espontáneamente de mí. ¿Por qué habría de serme tan difícil?*” O, quizá, en estas palabras de la introducción a la novela:

La vida de todo hombre es un camino hacia sí mismo, la tentativa de un camino, la huella de un sendero. Ningún hombre ha sido nunca por completo él mismo; pero todos aspiran a llegar a serlo, oscuramente unos, más claramente otros, cada uno como puede. Todos llevan consigo, hasta el fin, viscosidades y cáscaras de huevo de un mundo primordial. Alguno no llega jamás a ser hombre y siempre sigue siendo rana, ardilla u hormiga. Otro es hombre de medio cuerpo arriba, y el resto, pez. Pero cada uno es un impulso de la Naturaleza hacia el hombre. Todos tenemos orígenes comunes: las madres, todos nosotros venimos de la misma sima, pero cada uno –tentativa e impulso desde lo hondo- tiende a su propio fin.

Podemos comprendernos unos a otros, pero sólo a sí mismo puede interpretarse cada uno.

Si pensamos en la adolescencia como la época en la que más fuertemente se busca la propia identidad, en la que más radicalmente se cuestiona la realidad, es bastante lógico que Hesse tenga en los adolescentes a sus lectores ideales.

Por último, para cerrar este recorrido, tenemos que mencionar a un escritor al que muchos lectores identifican como el que los introdujo al mundo de la literatura: Julio Cortázar.

En el 2004, al cumplirse veinte años de la muerte del escritor, *Radar Libros*, suplemento del diario *Página 12*, dedicó su número del día 8 de febrero a Cortázar. Dentro del suplemento aparece una nota titulada *La vuelta a Cortázar*. En ella, varias personalidades de la cultura cuentan lo que significó esta lectura para cada uno de ellos y lo que significa en la actualidad. Las respuestas son variadas, pero hay algunas coincidencias: significó un deslumbramiento cuando estaban en la adolescencia. Para la mayoría, ese fulgor se fue apagando con el tiempo. Melancólicamente, reflexiona alguno, tal vez no por culpa de Cortázar, sino por la imposibilidad de volver a leerlo como se lo leyó cuando se tenían 14 años.

Si cruzamos los testimonios de las autobiografías lectoras recogidas en clases y talleres con los de los escritores que opinan en la nota de *Radar*, podemos pensar algunas hipótesis para explicar las razones por las que hay adolescentes que se fascinan con Cortázar:

- porque su lectura exige un esfuerzo que marca un tránsito entre la literatura juvenil y la literatura a secas;
- porque muchos de sus cuentos se acercan al relato de terror, género que tiene muchos adeptos entre púberes y adolescentes; algunos de esos relatos se parecen a leyendas urbanas y se podrían confundir con una de ellas, si alguien las contara oralmente y en forma resumida: “¿Sabés la del tipo que se estaba sacando el pullover y el pullover lo ahogó y se terminó tirando por la ventana?”; pero, a diferencia de los relatos de terror que consumen púberes y adolescentes, los de Stine, por ejemplo, la experiencia de lectura no se agota cuando se conoce el desenlace: son textos que se pueden releer una y otra vez;
- porque la escritura de Cortázar tiene la marca de lo lúdico, inventa lenguajes nuevos, juega con la puntuación, con la ortografía, con los puntos de vista, con la ironía, produciendo un desacartonamiento de la literatura, quitándole solemnidad, atentando contra las reglas, transgrediendo los modos tradicionales de leer;

- porque nos introduce en una realidad que se puede parecer a la nuestra, pero en algún momento mostrará una grieta por la que brotará lo insólito, lo inesperado, un personaje que vomita conejitos;
- porque en los relatos donde aparecen niños y púberes (*Final del juego*, *Los venenos*, *Bestiario*, *Después del almuerzo*) nos devuelve una mirada sobre la infancia que nada tiene que ver con las imágenes estereotipadas que pululan en las lecturas de iniciación.

Muchos seguimos fieles a Cortázar, aunque hayamos dejado muy atrás la adolescencia. La fidelidad con la que lo amamos tiene algo de devoción por una escritura que nos abrió las puertas de los mundos de la ficción, pero más del entrañable afecto que sentimos por los adolescentes que fuimos, por nuestra perdida capacidad de asombro, por nuestra remota felicidad de lectores recién inaugurada.

BIBLIOGRAFÍA

Cabal, G. *La emoción más antigua. Lecturas, escrituras, el encuentro con los libros*. Buenos Aires, Sudamericana. 2001

Chambers, Aidan. “¿Qué hacemos con la basura?”. En línea. Boletín electrónico *Imaginaria*. Disponible en www.educared.org.ar/imaginaria N° 183. Buenos Aires, 21 de junio de 2006. Consultado: 5 de diciembre de 2007

Hesse, H. En línea. Disponible en <http://usuarios.lycos.es/jhbadbad/Hesse.html>. Consultado: 11 de octubre de 2007

Larrosa, J. *Pedagogía profana. Estudios sobre lenguaje, subjetividad, formación*. México – Buenos Aires. Ediciones Novedades Educativas. 2000

“La vuelta a Cortázar”. En: *Radar Libros*, suplemento de Página 12. 8 de febrero de 2004

Ludmer, J. “Elogio de la literatura mala”. En: *Ñ, Revista de cultura*. N° 218. Sábado 1° de diciembre de 2007

Montes, G. *La frontera indómita: En torno a la construcción y defensa del espacio poético*. México. FCE. 1999

Mosiváis, C. *La política del melodrama*. Clarín. 25 de junio de 2005

Pelegrín, A. *La aventura de oír. Cuentos y memorias de tradición oral*. Editorial Cincel, Madrid. 1982

Valentino, E. “En el principio fue el comienzo”. En línea. Boletín electrónico *Imaginaria*. Disponible en: www.educared.org.ar/imaginaria N° 110. Buenos Aires. 3 de septiembre de 2003. Consultado: 5 de diciembre de 2007